

22. "El viejo es mejor"

"Los más jóvenes honren a los mayores, y los ancianos amen a los más jóvenes" (RB 63,10)

San Benito pide que haya un intercambio de honra y amor entre los jóvenes y los ancianos. Es como si el valor que los jóvenes reconocen en los ancianos, estos lo transmiten a los jóvenes a través del afecto. Entonces hay un intercambio real. Si un joven admira a un anciano desde lejos, es como si el valor que admira en él fuera una meta inalcanzable. Sin embargo, si en la vida comunitaria hay un encuentro, el anciano, por así decirlo, puede "inclinarse" hacia el joven y, al amarlo, le da como regalo el valor de su experiencia, su sabiduría, su virtud. Entonces, los jóvenes son realmente ayudados por los ancianos a crecer, a madurar.

Esta es una relación de obediencia fructífera, en la que obedecer se convierte en una posibilidad de acoger el bien que el anciano puede transmitir. Por esta razón, en el capítulo 71, San Benito pide que "todos los jóvenes deben obedecer a sus mayores con plena caridad y preocupación" (RB 71,4).

A lo largo de toda la Regla, San Benito pone en relieve la ancianidad. En la portería del monasterio hay que poner un "anciano sabio" (*senex sapiens*) "cuya madurez no le permita ir de aquí para allá" (RB 66,1). Son sobre todo los ancianos los llamados a dar consejo, tanto al abad (3,12) como a los hermanos, como sus padres espirituales (4,50; 23,1-2; 27,2; 46,5; 58,6). Los ancianos están llamados a velar por los hermanos menores, incluso en relación con su disciplina. En el dormitorio están a cargo de supervisar la disciplina y el silencio nocturno, y sus camas deben intercalarse con las de los adolescentes (22,3.7). Durante las horas de la *lectio divina*, uno o dos ancianos deben circular para comprobar si los hermanos se dedican a la lectura, "que ningún hermano sea víctima de la pereza, que se pierda en el ocio o en charlas en lugar de sumergirse en la lectura, causando no sólo daño a sí mismo, sino también distraendo a los otros" (cf. 48,17-18).

Todo esto muestra que para San Benito los ancianos están llamados sobre todo a acompañar a los más jóvenes a progresar humana y espiritualmente, a madurar en armonía con su vocación. Por esta razón, Benito quiere que los ancianos estén siempre en contacto con los hermanos jóvenes de la comunidad, que vivan con ellos, que compartan concretamente sus vidas, incluso en el dormitorio o en el refectorio. San Benito sabe que realmente educa quien está presente, quien comparte la vida con los jóvenes y los discípulos.

Cuando visito nuestras comunidades, especialmente las que tienen más vocaciones, los jóvenes a menudo se lamentan: "¡No estamos lo suficientemente acompañados!". Es cierto que en algunas comunidades el número de jóvenes supera el de los monjes y monjas más maduros que pueden acompañarlos, pero a

menudo es como si los mayores prefirieran cuidarse de otras cosas y no de los jóvenes de la comunidad. El problema real del clericalismo es básicamente que uno quiere ser sacerdote sin querer ser padre y pastor. El clericalismo aparece cuando uno quiere ser un sacerdote para uno mismo y no para los demás. Incluso muchos laicos o religiosas pecan frecuentemente de clericalismo cuando halagan la autoreferencialidad de los sacerdotes, en lugar de acercarse a ellos para ser acompañados en un camino de fe y santidad. Los sacerdotes a los que se pide a Cristo, a los que se pide la palabra y la gracia de Cristo, no corren el riesgo de caer en el clericalismo, porque lo que las ovejas les están pidiendo es tan grande que siempre excede sus fuerzas y cualidades, siempre se sienten incapaces, "siervos inútiles" (Lc 17,10), y, por lo tanto, humildes mendigos del don de Dios, a quien están llamados a transmitir.

Pero lo que es importante, y trato de recordarlo en todas las comunidades donde los jóvenes se quejan de que no están acompañados, es que cada uno se sienta llamado a ser "anciano" por amor a los jóvenes hermanos y hermanas que la comunidad acoge o quiere acoger. En esto debemos ir en la dirección totalmente opuesta a la tendencia del mundo, para el que el envejecimiento es una desgracia. En cambio, como dice Jesús sobre el vino: «Nadie que bebe vino viejo quiere lo nuevo, porque dice: "¡El viejo es mejor!"» (Lc 5,39).

En la Regla está claro que en la vida monástica los más ancianos, aunque tal vez lo sean solo por unos pocos años, están llamados por San Benito a ejercer el acompañamiento de los más jóvenes, por lo menos el acompañamiento con el ejemplo de sus vidas, y siempre, y para todos, con la oración.

"El octavo grado de la humildad es que el monje no haga nada más que lo recomendado por la Regla común del monasterio o por el ejemplo de los ancianos" (RB 7,55).

Si meditamos en este breve grado de humildad, que básicamente refleja todo el entorno educativo de la Regla, entendemos que en el monasterio prácticamente somos todos jóvenes y ancianos al mismo tiempo. Todos nosotros, durante toda nuestra vida, necesitamos el ejemplo de los ancianos para progresar, para corregirnos, para comenzar de nuevo, para perseverar. Y, al mismo tiempo, todos estamos llamados a encarnar este ejemplo de vida para los demás. Juntos formamos esta "Regla común" que se transmite de generación en generación, que especifica el carisma de cada comunidad dentro del carisma de cada Orden. Sin olvidar, sin embargo, que la primera y fundamental "Regla común" de cada comunidad es la comunión, la caridad fraterna.

Cuando una comunidad se compromete a seguir una regla común de vida, teniendo juntos la experiencia de que esto hace que las personas crezcan y maduren, entonces la influencia de esta experiencia se comunica también fuera de la comunidad, se comunica también al mundo.

Cada comunidad que cultiva una experiencia común, que hace crecer humana y cristianamente a sus miembros, es por esto mismo misionera, construye lo que el beato, y pronto santo, Pablo VI denominó como la "civilización del amor". La civilización del amor es una civilización en la que la comunión entre los hombres refleja la comunión de Dios y con Dios, en la que la familiaridad humana refleja y encarna la divina.

Por esto, creo que, por amor a los jóvenes, por amor a su fe, a su vida y vocación, nuestra primera preocupación debería ser tener y llegar a ser buenos ancianos. Entonces, al final de este curso, no os deseo que permanezcáis jóvenes, pues es como desear a una planta que siga siendo un arbusto que solo produce hojas y no frutos. Deseémonos la ancianidad, una humanidad adulta, más y más madura, capaz de ser un acompañamiento vivo de los que aún son nuevos en el camino de la vida y de la vocación.

¡Un árbol viejo, incluso si no da más fruto, aun cuando ya está muerto y reseco, todavía puede quemar y transmitir el fuego del Espíritu que calienta e ilumina al mundo entero!

El último Capítulo y el último día del Curso es el momento de decir adiós y expresar nuestra gratitud.

¡Gracias ante todo a todos vosotros por vuestra participación y por vuestros servicios comunitarios! ¡Gracias a los que han preparado y animado la liturgia diaria! El encuentro de una gran variedad de culturas, idiomas, observancias monásticas, nos ha enriquecido a todos.

¡Gracias de corazón al P. Procurador Lluç y a Agnese Kulczycka por todo el inmenso y preciso trabajo de organización! ¡Gracias a Annemarie Schobinger, a Piotr Kulczycki y a Elias Kass Hanna! ¡Gracias a nuestras fantásticas Hermanas Misioneras Hijas del Corazón de María en la cocina, la lavandería y el planchador! ¡A todos los profesores que han compartido su ciencia con amor y pasión! ¡Agradezco a todos los intérpretes, siempre excelentes, y en particular a los de nuestra Orden y a sus comunidades, que nos los han prestado: P. Bazezew de Shola, P. Guilherme de Claraval y Madre Aline de Giacomo di Veglia!

¡Un gran trabajo han ofrecido todos los traductores de mis Capítulos: Annemarie Schobinger para el alemán; P. Stephen de Dallas, para el inglés; Hna. Michaela de Rieunette para el francés; el Procurador Lluç y la Madre Eugenia para el español; Madre Aline y Dom Luis Alberto de Itatinga para el portugués!

Por supuesto, al final de este curso cada uno de nosotros, y yo el primero, es consciente de que también debe pedir perdón por cualquier negligencia, falta de atención o distracción. Pero la conciencia de nuestras debilidades forma también parte de la formación que nos hace madurar con humildad.

¡Agradezco a todos los bienhechores que de un modo u otro patrocinan este curso de formación, en particular la AIM, pero también los bienhechores privados o las comunidades individuales! Finalmente, pienso en los que han completado el período de tres años y los saludo con afecto: ¡permanecemos en comunión, con la certeza de que seguimos juntos el camino de nuestra vocación común!

¡Sobre todo, damos gracias a Dios por darnos este tiempo de comunión y formación para crecer en el conocimiento y en la experiencia de Su verdad y de Su amor!